

ra aún vivir y aminor, pues no tenía forma de gallo. Y esa ruina, ese monstruo, ese esqueleto manando sangre se defendía aún, se batía en las tinieblas, sacudía sus alas destrozadas, alargaba su cuello hecho jirones, agitaba su cráneo al azar, aquí y allá, como los perros recién nacidos. Estaba sangriento y horrible; entorné los ojos para verlo confusamente. Y el verdugo seguía picoteando las llagas, ahondando en las vacías órbitas de los ojos, picando el desnudo cráneo. Aquello no era una lucha; le roía y se hubiera dicho que le quería despedazar sin matarlo. Alguna vez, cuando la víctima quedaba inmóvil, se bajaba para contemplarla con la atención de un anatomista; á veces se hacía un paso atrás y la miraba con la indiferencia de un sepulturero; pero luego volvía, ávido como un vampiro, á picotear, herir, destrozarse, con más fuerza y vigor que la primera vez. Por último el moribundo, parándose de repente, deja caer la cabeza sobre el suelo, cual si le rindiera el sueño, y el verdugo, mirándole atentamente, también se para.

Entonces redóblanse los gritos: ya no puede apostarse sobre las convulsiones de la agonía, pero se apuesta sobre los síntomas de la muerte. «¡Cinco duros á que no levanta más la cabeza!—¡Dos duros á que la levanta!—¡Tres duros á que la levanta dos veces!—¡Va!—¡Va!»

El gallo moribundo levanta lentamente la cabeza; el verdugo descarga rápidamente sobre él una tempestad de picotazos: los gritos se repiten de nuevo. La víctima hizo todavía un ligero movimiento: nuevos picotazos. Echó sangre por el pico, vaciló y cayó por último. El vencedor, como un cobarde, se echó á cantar. Salió un empleado y se llevó al vencedor y al vencido.

Todos los espectadores se levantaron y empezó entonces una acalorada conversación. Los afortunados, radiantes de alegría; los que salen perdiendo, blasfeman: unos y otros discuten sobre el mérito de los gallos y los incidentes de la lucha: «¡Buena pelea!—¡Buenos gallos!—¡Gallos ma-

los!—¡No valen nada!—¡No lo entiende usted!—¡Cállese usted!—¡Buenos!—¡Malos!»

—«¡Sentarse, caballeros!» —gritó el presidente. Todos se sentaron, y empezó otra lucha.

Eché una mirada al campo de batalla y salí del circo. Tal vez no seré creído: este espectáculo me causó más horror que la primera corrida de toros. No tenía idea de una ferocidad tan cruel; nunca hubiera creído, antes de verlo, que un animal, después de haber reducido á otro á la impotencia, pudiese torturarlo, martirizarle, destrozarlo de aquel modo, con el encarnizamiento de la hiena y la voluptuosidad de la venganza. Yo no creía que el furor de un animal pudiese llegar al extremo de presentar el carácter de la maldad humana más acentuada. Todavía hoy, después del largo espacio de tiempo transcurrido, cada vez que me acuerdo de semejante espectáculo, vuelvo la cabeza involuntariamente como huyendo de la horrible vista del gallo moribundo; y nunca pongo la mano en una balaustrada sin que baje la vista con la idea de ver el suelo sembrado de plumas y ensangrentado. Si vais á España, seguid mi consejo: *State contente, umane genti, ai tori* (1).

## EL MONASTERIO DEL ESCORIAL

Antes de partir para Andalucía, visité el famoso Monasterio del Escorial, el *Léviathan* de la arquitectura, la octava maravilla del mundo, la masa más grandiosa de granito que hay sobre la tierra, y si queréis epítetos más expresivos, imaginadlos, que no encontraréis ninguno que no se le haya aplicado.

Salié de Madrid por la mañana. El pueblo del Escorial, que da nombre al monasterio, se halla á ocho leguas de la villa, á poca distancia del Guadarrama. El camino atraviesa un campo árido y,

(1) Contentaos con los toros.

despoblado, cuyo horizonte lo forman montañas cubiertas de nieve.

Cuando llegué á la estación del Escorial caía una lluvia finísima y fría, que me calaba hasta los huesos. De la estación al pueblo hay como una media milla de subida: tomé asiento en un ómnibus y á los pocos momentos me dejó en una calle solitaria, limitada á la izquierda por el monasterio y á la derecha por las casas del pueblo y cerrada al fondo por montañas.

De momento, uno no comprende nada; espera ver un edificio y se halla con un pueblo. No sabe si se encuentra ya en el monasterio ó si está todavía fuera; por ningún lado se ve otra cosa más que paredes. Se avanza y se encuentra una plaza; se mira alrededor y se ven calles, no habéis entrado todavía y ya os rodea el monasterio; habéis perdido la brújula y no sabéis de qué lado volveros.

El primer sentimiento que experimentáis es de tristeza: todo el edificio es de piedra color de tierra y todas las juntas de las piedras marcadas con un surco blanco; los techos se hallan cubiertos de plomo. Diríase que es un edificio de tierra. Las paredes desnudas, muy altas y con muchas ventanas que semejan troneras. Más parece cárcel que convento. Por todas partes el mismo color sombrío; ni un alma viviente; un silencio de fortaleza abandonada. Más allá de los techos negros, la negra montaña que parece suspendida sobre el edificio y le da un aire de misteriosa soledad. El sitio, las formas, los colores, parecen escogidos por el fundador, con el deseo de ofrecer á los ojos un espectáculo triste y solemne.

Antes de entrar habéis perdido la alegría; ya no sonreís: meditáis. Os detenéis á la puerta del monasterio con cierto temblor, como á la entrada de una ciudad muerta. Os parece que el terror de la Inquisición reina todavía en aquel rincón del mundo, dentro de aquellas paredes, y que allí veréis su último trance y escucharéis su último eco.

Todo el mundo sabe que la basílica y el monasterio del Escorial fueron fundados por Felipe II, después de la batalla de San Quintín, en cumplimiento del voto que hizo á San Lorenzo durante el sitio, cuando los sitiadores se vieron obligados á disparar cañonazos contra una iglesia consagrada á este santo.

Don Juan Bautista de Toledo empezó la obra y Herrera la terminó; los trabajos duraron veintidós años.

Felipe II quiso que el edificio tuviese la forma de unas parrillas en memoria del martirio de San Lorenzo, y tal es, en efecto, su forma. La base es un paralelogramo rectangular. En los cuatro ángulos se elevan cuatro torres cuadradas, con los techos puntiagudos, que representan los cuatro pies de las parrillas; la iglesia y el palacio real, que se alejan por un lado, representan el mango; los edificios interiores que ponen en comunicación las partes laterales del edificio, figuran las barras transversales. Otros edificios más pequeños se elevan fuera del paralelogramo, á poca distancia del convento, sobre uno de los lados mayores y sobre otro de los menores, formando dos grandes plazas; á los otros dos lados hay jardines. Fachadas, puertas, vestíbulos, todo se halla en armonía con la grandiosidad y carácter del edificio, y es inútil amontonar descripción sobre descripción.

El palacio real es espléndido, y por no confundir impresiones distintas, es necesario verlo antes de entrar en el convento y en la iglesia. El palacio ocupa el ángulo nordeste del edificio. Algunas salas se hallan llenas de cuadros, otras de tapices desde el pavimento al techo, con pinturas que representan corridas de toros, danzas populares, juegos, fiestas, costumbres españolas, dibujados por Goya. Otras se hallan regiamente adornadas y amuebladas; el pavimento, las puertas, las ventanas están cubiertas de preciosos mosaicos y dorados resplandecientes. Pero entre todas las salas sobresale la de Felipe II. Es una celda des-

nuda y sombría, cuya alcoba comunica con el oratorio real de la iglesia, de tal manera, que desde el lecho, abriendo las puertas, se puede ver al sacerdote que celebra la misa.

Felipe II dormía en esta cámara, en la cual pasó su última enfermedad y murió. Allí se ven todavía algunas sillas de su uso, dos sillas de cuero pequeñas, sobre las cuales apoyaba la pierna atormentada por la gota, y un escritorio. Las paredes son blancas, el cielo-raso unido y sin adornos y el pavimento de piedra.

Cuando se ha visto el palacio, se sale del edificio, se atraviesa la plaza y se vuelve á entrar por la puerta principal. Un guarda se os acerca, atravesáis un grandioso vestíbulo y os encontráis en el patio de los reyes. Allí podéis formaros una idea aproximada de la inmensa estructura del edificio. El patio se encuentra completamente cerrado por paredes; en el lado opuesto á la puerta, se halla la fachada de la iglesia. En lo alto de una espaciosa escalera se elevan seis enormes columnas; cada una de ellas sostiene un pedestal, y cada pedestal una estatua. Son las seis estatuas colosales de Bautista Monegro, representando á Josafat, Ezequías, David, Salomón, Josías y Manasés. El patio está empedrado; es sumamente húmedo y crece en él una espesa hierba. Las paredes parecen cortadas á pico; todo es allí rígido, macizo, pesado, ofreciendo el aspecto de un edificio arrancado por los titanes de alguna montaña de piedra y capaz de desafiar los temblores de tierra y el rayo. Allí se empieza á comprender el Escorial.

Subís aquella escalera y penetráis en la iglesia.

El interior es triste y sombrío; cuatro enormes pilares de granito gris sostienen las bóvedas, pintadas al fresco por Luca Giordano; á los lados del grandioso altar, esculpido y dorado á la española, y debajo de los dos oratorios reales se ven diez grupos de estatuas de bronce, arrodilladas, con las manos juntas y de cara al altar; á la derecha Carlos V, la emperatriz Isabel y muchos príncipes; á la izquierda Felipe II y sus mujeres.

Encima de la puerta de la iglesia, á treinta pasos del suelo y en el fondo de la grandiosa nave, se eleva el coro (de los frailes) con dos líneas circulares de sillas, de orden corintio sumamente sencillas. En un ángulo, junto á una puerta secreta, la silla de Felipe II. El rey recibía por esta puerta las cartas y mensajes importantes, sin que lo vieran los monjes que cantaban en el coro.

Esta iglesia, que parece pequeña para aquel inmenso edificio, es, no obstante, una de las más vastas de España. Y aunque en apariencia pobre en adornos, encierra inmensos tesoros en mármoles, oro, reliquias, cuadros, que la obscuridad oculta en gran parte, y en los cuales el viajero no para mientes, gracias á la tristeza del edificio.

Entre las mil obras de arte que se ven en las capillas, en las salas contiguas á la iglesia, en las escaleras que suben á las tribunas, hay, en un corredor situado detrás del coro, un admirable crucifijo de mármol blanco, de Benvenuto Cellini, con esta inscripción:

«*Benvenutus Zelinus, civis florentinus facebat 1562.*»

En otros sitios se ven cuadros, de gran valor artístico, debidos al pincel de Navarrete y Herrera. Pero la tristeza apaga todo sentimiento de admiración. El color de la piedra, la escasa y dudosa luz, el profundo silencio que os rodea, hacen que vuestro pensamiento se dirija á lo inesperado, buscando los sitios misteriosos y ocultos en aquellas sombrías soledades; todo placer y admiración se hacen imposibles. El aspecto de aquella iglesia despierta en el ánimo una inquietud inexplicable. Adivinaríais, si no lo supierais ya, que fuera de aquellas paredes no hay más que granito, obscuridad y silencio; sin ver el gigantesco edificio, lo presentís, y una voz misteriosa os advierte que os halláis en medio de un pueblo inhabitado. Quisierais apresurar el paso para acabar pronto, para libraros de aquel misterio,

para buscar la luz; el ruido, la vida, si luz, ruido y vida existen en el mundo todavía.

De la iglesia se pasa á la sacristía, atravesando muchas cámaras frías y desnudas. En una gran sala abovedada, uno de cuyos lados se halla completamente oculto detrás de los armarios de madera esculpida, de un trabajo variado y exquisito, en los cuales se guardan los ornamentos sagrados. En la pared opuesta se ven cuadros de Ribera, Giordano, Zurbarán, Tintoretto y otros autores españoles; en el fondo, el famoso altar de la «Santa Forma»; con el célebre cuadro del pobre Claudio Coello, que murió de pena cuando Luca Giordano fué llamado al Escorial. El efecto de este cuadro está muy por encima de toda ponderación. Representa, con figuras de tamaño natural, la procesión que llevó la «Santa Forma» á aquel mismo sitio. La sacristía y el altar se hallan representados en el lienzo; el prior está arrodillado sobre el pavimento, con la hostia sagrada entre los dedos; á su alrededor los diáconos; á un lado Carlos II, de rodillas también; más lejos monjes, clérigos, seminaristas y otros fieles. Las animadas figuras parece que hablan; la perspectiva es real y la luz bien distribuida, de tal manera que al penetrar en la sacristía tomaríais el cuadro por un espejo que refleja alguna ceremonia religiosa que se celebra en aquel momento en alguna sala vecina. Después desaparece la ilusión de las figuras, pero queda la del fondo del cuadro, y es necesario aproximarse á él hasta tocarlo para convencerse de que uno tiene delante una tela pintada y no otra sacristía. Durante las grandes fiestas se quita el cuadro, lo cual deja ver en medio de una capilla un pequeño templo tabernáculo que guarda la hostia sagrada. Hállase enriquecido con diez mil rubíes, diamantes, amatistas y granates, dispuestos en forma de rayos que deslumbran.

De la sacristía bajamos al panteón. Un guarda me precedía con una antorcha encendida, descen-

dimos por una larga escalera de granito y llegamos á una puerta subterránea que no daba paso al menor rayo de luz. Sobre esta puerta se lee en letras de bronce dorado:

«¡DIOS ES GRANDE Y TODOPODEROSO!»

LUGAR CONSAGRADO POR LA PIEDAD DE LA DINASTÍA AUSTRIACA, A LOS DESPOJOS MORTALES DE LOS REYES CATÓLICOS, QUE ESPERAN EL DESEADO DÍA DEBAJO DEL GRAN ALTAR CONSAGRADO AL REDENTOR DEL GÉNERO HUMANO. CARLOS V, EL MÁS ILUSTRE DE LOS CÉSARES, DESEÓ ESTE LUGAR DE REPOSO PARA SÍ Y PARA SU LINAJE; FELIPE II, EL MÁS PRUDENTE DE LOS REYES, MANDÓ QUE SE ERIGIESE EL PANTEÓN; FELIPE III, MONARCA SINCERAMENTE PIADOSO, HIZO EMPEZAR LOS TRABAJOS; FELIPE IV, GRANDE POR SU CLEMENCIA, SU CONSTANCIA Y SU DEVOCIÓN, LO AUMENTÓ, EMBELLECIÓ Y TERMINÓ EN EL AÑO DEL SEÑOR DE 1654.

El guarda entró. Yo le seguí y me encontré entre sepulcros, ó mejor dicho, en un sepulcro, oscuro y frío como la gruta de una montaña. Es una reducida sala octógona, toda de mármol, con un pequeño altar en el fondo, frente á la puerta de entrada; en lo demás de la sala, desde el suelo hasta la bóveda, nichos dispuestos los unos sobre los otros, que se distinguen por sus adornos de bronce y sus bajo-relieves. La bóveda corresponde al gran altar de la iglesia. A la derecha del altar se hallan sepultados Carlos V, Felipe II, Felipe III, Felipe IV, Luis I, los tres Carlos, Fernando VII; á la izquierda las emperatrices y reinas. El guarda acercó la antorcha á la tumba de doña María Luisa de Saboya, mujer de Carlos III, y me dijo con aire de misterio:—«¡Leed!»—El mármol está rayado en distintas direcciones; con un poco de atención pude descifrar cinco letras que forman el nombre de «Luisa», escrito por la misma reina con la punta de sus tijeras.

De repente el guarda apagó la antorcha y nos hallamos en las tinieblas. La sangre se me heló en las venas.—«¡Alumbrad!»—le grité. El guarda sol-

tó una carcajada lúgubre y prolongada, que me hizo el efecto del gemido de un moribundo, y me dijo:—«¡Mirad!»—Miré, con efecto: un débil rayo de luz descendía de una abertura junto á la bóveda, á lo largo de la pared, iluminando algunas tumbas de reinas, haciéndolas visibles á duras penas; parecía un rayo de luna, y los bajo-relieves y los bronceos de las tumbas brillaban á esa extraña claridad como si estuviesen mojados. En aquel momento sentí por primera vez el hedor de aquella atmósfera sepulcral y me estremecí. Con la imaginación penetré en aquellas tumbas y vi aquellos carcomidos cadáveres; busqué un refugio bajo aquella bóveda y me encontré solo; salí mentalmente de la iglesia y me perdí en el laberinto del convento; volví á contemplarme entre aquellas tumbas y sentí que realmente me hallaba en el corazón de aquel edificio monstruoso, en la parte más profunda, en el departamento más glacial, en el santuario más formidable. Parecíame que me hallaba prisionero, sepultado bajo aquella montaña de granito; que todo daba vueltas á mi alrededor, cerrándome la salida. Y pensé en el cielo, en el campo, en el aire libre, como en un mundo lejano, con un inefable sentimiento de tristeza.

—¡Señor!—me dijo solemnemente el guarda, antes de salir y señalándome la tumba de Carlos V; —el emperador se halla allí, tal como estaba cuando lo sepultaron, con los ojos abiertos todavía; parece que vive y habla. Es un milagro de Dios que tiene su razón de ser. ¡Quien viva, lo verá! —Y diciendo estas últimas palabras, bajó la voz, como si creyese que el emperador podía oírle, y haciendo la señal de la cruz, me precedió en la escalera.

Después de la iglesia y la sacristía, visité el museo de pinturas, que contiene muchos cuadros de artistas de todos los países, no de los mejores, pues los lienzos de más valor artístico fueron trasladados al Museo de Madrid, pero dignos, en todo, de una visita de casi un día. Del museo

de pinturas se va á la biblioteca pasando por la ancha escalera principal, sobre la cual se levanta una bóveda inmensa, pintada al fresco por Luca Giordano. Forman la biblioteca una grandiosa sala adornada con pinturas alegóricas,—conteniendo más de cincuenta mil volúmenes, todos de mucho valor, de los cuales cuatro mil fueron cedidos por Felipe II,—y otra sala que guarda una rica colección de manuscritos. De la biblioteca pasé al convento.

Aquí se pierde la imaginación humana. Si alguno de mis lectores conoce «El Estudiante de Salamanca», de Espronceda, que recuerde á este infatigable mancebo, cuando siguiendo á la dama misteriosa que encontró al pie de un altar, corrió de calle en calle, de plaza en plaza, de senda en senda, y volviendo y revolviendo, llegó por fin á un extremo donde no conocía ya las calles de Salamanca, cual si se hallara en una ciudad desconocida; volvió á doblar esquinas, á recorrer calles, á atravesar plazas; y á medida que avanzaba le parecía que la ciudad se engrandecía, que las calles se alargaban y que se multiplicaban las sendas; y siguió adelante y anduvo sin reposo, sin saber si dormía ó si se hallaba despierto, si estaba borracho ó loco, y el terror empezó á penetrar en su corazón de hierro y los más raros fantasmas se aparecieron á su exaltada imaginación. Pues lo mismo le pasa al extranjero que visita el monasterio del Escorial.

Enfiláis un largo corredor subterráneo, tan estrecho que tocáis las paredes con los codos, tan bajo que con la cabeza llegáis á la bóveda, y tan húmedo como una gruta submarina; llegáis á lo último y os encontráis con otro corredor. Adelantáis, encontráis puertas y miráis; otros corredores se alejan hasta perderse de vista. En el fondo de algunos percibís una débil claridad y en el fondo de otros una puerta abierta que deja ver una serie de cuartos. De vez en cuando oís ruido de pasos; os paráis y el ruido cesa; después lo oís de nuevo; no sabéis si ha resonado

sobre vuestra cabeza, á la derecha, á la izquierda, delante ó detrás de vosotros. Miráis por una puerta y retrocedéis con espanto; en el fondo del corredor, donde habéis mirado, habéis visto un hombre inmóvil como un fantasma que os miraba también. Seguíis adelante, llegáis á un patio estrecho, lleno de hierba, sonoro, iluminado por una luz pálida que parece venir de un sol desconocido, como los patios de los hechiceros de que os hablaban en vuestra niñez. Salís del patio, subís una escalera, llegáis á una galería y miráis abajo; hay allí otro patio silencioso y desierto. Tomáis otro corredor, bajáis por otra escalera y os encontráis con otro patio, después más corredores, y más escaleras, y largas series de salas vacías, de patios estrechos; y por todos lados granito, hierba, una luz pálida y el silencio de la muerte. Por algún rato os parece que sabréis volver sobre vuestros pasos, pero después vuestra memoria se turba y ya no os acordáis de nada; os parece que habéis caminado diez leguas, que os encontráis en aquel laberinto hace ya un mes y que no podréis salir de él. Llegáis á un patio y exclamáis: ¡ya lo he visto! Pero no es cierto, porque es otro. Pensáis hallaros en el lado tal del edificio y os encontráis en el opuesto. Preguntáis al guarda dónde está el claustro y os contesta: «Aquí mismo»; pero camináis todavía durante media hora.

Creéis estar soñando; veis al vuelo largas paredes pintadas al fresco, adornadas de cuadros, de cruces, inscripciones; lo veis y lo olvidáis en seguida, y os preguntáis: «¿Dónde me encuentro?». Os rodea una luz de otro mundo, una luz que no tiene semejante. ¿Es acaso el reflejo del granito? ¿Es la claridad de la luna? No, es el día; pero un día más triste que las tinieblas, una luz falsa, siniestra, fantástica. Adelante, de corredor en corredor, de patio en patio; miráis á vuestro frente con desconfianza; esperáis ver, al doblar el ángulo, una hilera de frailes descarnados con el capuchón sobre los ojos y los brazos en cruz; pensáis en Felipe II; os parece oír su lento paso

perderse por aquellos ámbitos oscuros; recordáis todo cuanto habéis leído de aquel rey, de sus terrores, de la Inquisición, y todo aparece á vuestros ojos iluminado con tétrica luz. Comprendéis por primera vez que el Escorial es trasunto fiel de Felipe II, y veis al monarca á cada paso, y percibís su aliento, porque allí está todavía, viviente y poderoso, y con él la imagen de su terrible Dios.

Entonces quisierais rebelaros, elevar vuestro pensamiento al Dios de vuestro corazón y de vuestras esperanzas, y vencer el misterioso terror que aquel lugar os inspira; pero no podéis; el Escorial os envuelve, os rodea, os aplasta. El frío de sus paredes penetra hasta vuestros huesos; la tristeza de sus laberintos sepulcrales os oprime el alma. Si vais en compañía de un amigo, le decís: «¡Salgamos!»; si allí os halláis con la mujer amada, la oprimís contra vuestro corazón con una especie de terror misterioso; si os encontráis solo, echáis á correr. Por último, subís una escalera, entráis en una cámara, os asomáis á una ventana, y saludáis con un inexplicable reconocimiento y alegría las montañas, el sol, la libertad, ese Dios bienhechor y grande que ama y perdona. ¡Qué bien se respira en aquella ventana!

Desde allí se ven los jardines, que ocupan un reducido espacio, y que son sumamente sencillos, pero elegantes y bellos, si así puede decirse, y en completa armonía con el edificio. En ellos se ven doce hermosas fuentes, rodeados de cuatro cuadros de boj que representan los escudos reales, dibujados con exquisito talento y cortados con tanta precisión, que al mirarles desde la ventana parecen tapices de «peluche» y terciopelo, que resaltan sobre el blanco fondo de arena. Ni árboles, ni flores, ni glorietas; en todo el jardín no se ven más que fuentes, cuadros de boj y de dos colores únicamente, verde y blanco. Y es tal la belleza de esta noble simplicidad, que no puede



y dar á su discurso un giro poético, un poco de gusto clásico, un ligero linte de grandioso estilo oratorio. Los ministros más graves, los más tímidos diputados, los hacendistas más severos, hasta cuando tratan asuntos que en nada se rozan con la retórica, esmaltan sus discursos con un jardín de flores, de epigramas, anécdotas picarescas, citas y apóstrofes á la civilización, á la libertad y á la patria. Y hablan aprisa, como si recitaran oraciones aprendidas de memoria, con entonación siempre mesurada y armoniosa, y una variedad de gestos y actitudes que no da lugar al cansancio ni al fastidio.

Y los diarios, al juzgar sus discursos elogian la elevación de estilo, la pureza de la frase, y los «rasgos sublimes», cuando hablan de sus amigos, se sobrentiende, pues en caso contrario dicen con desprecio que el estilo es ramplón, la frase incorrecta, la forma, ¡dichosa forma! inculta, ruin, indigna de las grandes tradiciones de la oratoria española.

Este culto por la forma y esta gran facilidad en la palabra degeneran en vanidad ampulosa. Con efecto: no deben buscarse en el Parlamento español los modelos de la verdadera elocuencia política; pero también es cierto, como se dice universalmente, que este Parlamento es el más rico de Europa en oradores fecundos, en el sentido vulgar de la palabra. ¡Es cosa de oír una discusión sobre un asunto de alta política que mueva las pasiones! Es una verdadera batalla. Ya no son discursos; son diluvios de palabras para volver locos á los taquígrafos y marear á los oyentes de las tribunas. Aquellas voces, aquellos ademanes, aquellos giros oratorios y aquella inspiración traen á la memoria la Asamblea francesa en los días turbulentos de la Revolución. Allí se oye á un Ríos Rosas, orador violento, que domina cualquier tumulto con sus rugidos; un Martos, orador escogido, que mata con la espada del ridículo; un Pi y Margall, venerable anciano, que espanta con sus siniestros pronósticos; un Collantes

hablador incansable, que aplasta á la Cámara con un alud de discursos; un Rodríguez, que con su maravillosa fluidez de razonamientos y rodeos persigue, envuelve y aturde á sus adversarios; y entre otros cien, un Castelar, que seduce y encanta á amigos y adversarios con un torrente de armoniosa poesía. Y Castelar, conoído de toda Europa, es en verdad la más completa expresión de la elocuencia española. Siente el culto por la forma hasta la idolatría; su elocuencia es una música; sus razonamientos son esclavos de su oído; dice una cosa ó no la dice, ó la dice en este ó aquel sentido, según convengan al período; tiene la armonía melida en la cabeza y la sigue, la obedece y le sacrifica todo aquello que pueda ofenderla. Sus períodos son estrofas; es necesario oírle para creer que la palabra humana, sin ritmo poético y sin canto, pueda llegar de aquel modo hasta la armonía del canto y de la poesía. Es más artista que hombre político, y tiene de artista no sólo el espíritu, si que también el corazón: un corazón de niño, incapaz de odiar ni de enemistarse con nadie.

En todos sus discursos no se encuentra una injuria; en las Cortes nunca ha provocado una seria discusión personal, jamás recurre á la sátira, y nunca emplea la ironía; en sus más violentas filípicas nunca derrama una gota de hiel; y la prueba es que,—republicano, adversario de todos los ministros, periodista de lucha, acusador perpetuo de cualquiera que ejerza un poder, y de cualquiera que no sienta el fanatismo de la libertad,—no se ha hecho odiar de nadie. Por ello es que sus discursos se gozan y no se juzgan; su palabra es demasiado bella para ser terrible, y tanto sincero su carácter para que pueda ejercer influencia alguna política; no sabe disputar, maquinari, ni conducir su barca; no hace más que deleitar y brillar; su elocuencia es tan grande como tierna, y sus más bellos discursos hacen llorar. Para él la Cámara es un teatro. Como los poetas improvisadores, para que su inspiración

sea robusta y serena, necesita hablar á determinada hora, sobre tal ó cual punto escogido de antemano, y tener el tiempo necesario de que poder disponer. Tal es así, que el día en que debe hablar se pone de acuerdo con el presidente de la Cámara. El presidente se las compone de manera que le concede la palabra cuando las tribunas se hallan llenas, y todos los diputados se encuentran en sus sitios; los diarios anuncian la vispera, por la noche, que Castelar ha de consumir turno el día siguiente, para que las señoras puedan procurarse billete. Tiene necesidad de ser escuchado. Antes de hablar está inquieto, nervioso, no puede parar en parte alguna, entra en el salón de sesiones, sale, vuelve á entrar y salir, se pasea por los pasillos, hojea un libro de la biblioteca, entra en el café para tomar un vaso de agua, cual si la calentura le devorase; cree que no podrá articular dos palabras, que hará reír, que le silbarán; no tiene idea clara de nada, lo confunde todo, todo lo olvida.

—¿Cómo tiene usted el pulso?—le preguntan sus amigos sonriendo.

Llega el momento solemne: se va á su sitio, con la cabeza baja, tembloroso, pálido como un condenado á muerte, resignado á perder en un día la gloria conquistada después de tantos años y á costa de tantas fatigas. En aquellos momentos hasta sus amigos le compadecen. Pero se levanta, lanza una mirada á su alrededor, y exclama: «¡Señores!» Está salvado ya: el valor le anima, su espíritu se esclarece, y su discurso se va hilvanando en su cabeza como un canto olvidado. El presidente, los diputados, las tribunas desaparecen; no ve más que sus ademanes, no oye más que su voz, sólo siente la llama irresistible que le enciende y la fuerza misteriosa que le impulsa. Da gusto oírle decir: «Yo no veo las paredes del salón; veo pueblos y países lejanos, nunca vistos».

Y habla durante horas y horas, y ni un diputado sale, nadie se mueve de las tribunas, ni una voz le interrumpe, ni un gesto le distrae; hace brillar

á su placer la imagen de su república vestida de blanco y coronada de rosas, y ni los monárquicos se atreven á protestar, porque vestida de aquel modo, hasta ellos la encuentran hermosa.

Castelar es dueño de la Asamblea: truena, resplandece, canta, brilla como un fuego de artificio, hace reír, arrancar gritos de entusiasmo, termina entre salvas de atronadores aplausos.

Tal es el famoso Castelar, catedrático de historia en la Universidad central, escritor fecundo en cuestiones políticas, artísticas y de religión, publicista que gana cincuenta mil francos al año en los diarios de América, académico de la «Española» elegido por unanimidad, señalado con admiración en las calles, ídolo del pueblo, querido hasta de sus propios enemigos políticos, joven, bello, algo vanidoso, generoso y feliz.

\*

Puesto que estamos en la elocuencia política, demos una rápida hojeada á la literatura. Representémonos una sala de Academia llena de confusión y ruido. Un tropel de poetas, de novelistas y de escritores de todos los géneros, teniendo casi todos cierto empaque francés en la figura y en las maneras, por más que quieran ocultarlo, declaman sus propias obras, procurando apagar la voz de los demás, para hacerse oír del público, de las tribunas, el cual, á su vez, se ocupa en leer los diarios y discutir sobre política.

De vez en cuando una voz armoniosa y vibrante domina el tumulto, y entonces cien voces gritan desde un ángulo de la sala: «¡Es un carlista!»—y una salva de silbidos sucede á los gritos, ó bien: «¡Es un republicano!»—y otra salva de silbidos que resuena en otro rincón de la sala, apaga aquella voz vibrante y armoniosa. Los académicos se tiran los diarios estrujados y hechos proyectiles, y aullan, mejor gritan:—«¡Ateo! ¡Jesuita! ¡Demagogo! ¡Neo-católico! ¡Traidor! ¡Vileta!»

Si se atiende á los lectores, se oyen estrofas sublimes, redondeados períodos, frases sonoras; el primer efecto es agradable; aquello es realmente poesía y prosa llenas de calor, de vida, de rayos de luz, de comparaciones felices, sacadas de cuanto brilla y se mueve en el cielo, en la tierra y en el mar; y todo esto vagamente animado con colores orientales y ricamente vestido de armonía italiana. Pero ¡qué diablos! esto no es más que literatura para los ojos y los oídos; música y pintura, y rara vez la musa, entre aquella nube de flores, deja caer la piedra preciosa de un pensamiento; y de esta lluvia luminosa sólo queda un ligero perfume en el aire de un liviano arrullo en el oído.

Al mismo tiempo se oyen en la calle los gritos del pueblo, tiros y redobles de tambor; á cada instante un artista abandona el palenque y se va á tremolar una bandera entre la turba; desaparecen de dos en dos, de tres en tres, en grupos, para aumentar la muchedumbre de periodistas; el ruido y las variaciones continuas de la cosa pública dan al traste con las obras más tenaces y de más aliento; en vano algún solitario grita á la turba:—«En nombre de Cervantes, deteneos!»—Algunas voces potentes responden á ese grito, pero son hombres que viven en el apartamiento, muchos de ellos próximos á emprender el viaje del cual no se regresa. Y aquella es la voz de Hartzenbuch, el príncipe del drama, de Bretón de los Herreros, el príncipe de la comedia; de Zorrilla, el príncipe de la poesía; de un orientalista que se llama Gayangos, de un arzobispo que se llama Guerra, un pintor de costumbres que se llama Fernán Caballero, un crítico que se llama Amador de los Ríos, un novelista que se llama Fernández y González, y un batallón de otros espíritus ardientes y fecundos, entre los cuales vive todavía la memoria del gran poeta de la revolución, el célebre Quintana; del Byron de España, Espronceda; de un Nicasio Gallego, de un Martínez de la Rosa, de un duque de

Rivas. Pero el tumulto y la discordia lo arrastran y envuelven todo, como devastador torrente. Para salir de la alegoría: la literatura española se encuentra en condiciones muy parecidas á las que influyen en la nuestra; un grupo de hombres ilustres que están en el ocaso, pero que sentían dos grandes inspiraciones, ó la religión ó la patria, ó ambas á la vez, y que dejaron un vestigio duradero y que les es propio; y un ejército de jóvenes que van tras ellos á tientas, preguntando lo que han de hacer, antes de hacer algo, fluctuando entre la fe y la duda, ó teniendo fe, pero sin valor, ó no teniéndola, y fingiendo no obstante que la tienen; inseguros de su propia lengua y perplejos entre los académicos que gritan: «Pureza!» y el pueblo que exclama: «Verdad!»; dudosos entre la ley de la tradición y las exigencias del presente; olvidados de los hombres que dan fama y despreciados de los pocos que la confirman; obligados á pensar de un modo y escribir de otro; á no expresar todos sus pensamientos, á perder el presente por no desprenderse del pasado, y á conducir su nave por entre escollos opuestos. ¡Y es gran honor para ellos si logran hacer flotar sus nombres durante algunos años, sobre el torrente de libros franceses que inundan el país! De aquí nace la desconfianza en sus propias fuerzas y la muerte del genio nacional, de aquí la imitación, que nunca traspasa los límites de la medianía, ó el abandono de la literatura, que pide altos estudios y da grandes esperanzas, por el fácil provecho que se encuentra escribiendo en los diarios.

En medio de tanta ruína, sólo el teatro se sostiene en pie. La nueva literatura dramática no tiene de la antigua ni la invención maravillosa, ni la forma espléndida, ni ese sello especial de grandeza que era propio del pueblo que dominaba á Europa y al Nuevo Mundo; menos todavía aquella fecundidad increíble y aquella variedad sin límites; pero tiene en cambio, y como en compensación, una doctrina más sana, una observa-

CAPILLA ALFONSO X

ción más profunda, más exquisita delicadeza, y se halla más adecuada á la verdadera misión del teatro, que no es otra que corregir las costumbres y ennoblecer los corazones y las almas. En fin, tanto en las obras literarias como en el teatro, lo mismo en las novelas que en los cantares populares, historias y poemas, se encuentra vivo y dominante el sentimiento que caracteriza á la literatura española más profundamente, sin duda, que á otra alguna, y ello desde las primeras tentativas líricas de Berceo, hasta los enérgicos himnos guerreros de Quintana: el orgullo nacional.

Y al llegar aquí, ya es hora de que hablemos del carácter de los españoles. Su orgullo nacional es tal, que hoy todavía, después de tantos descalabros y de tan profunda caída, hace dudar á los extranjeros que viven entre ellos si son los mismos españoles de hace trescientos años, ó los españoles del siglo diecinueve. Pero es un orgullo que nada tiene de ofensivo, un orgullo inocentemente retórico. No denigran á las demás naciones para parecer más grandes; no, las respetan, las elogian, las admiran, pero dejando adivinar el sentimiento de una superioridad que á su parecer, arroja de esa misma admiración, precisamente, una luminosa evidencia. Y son benignos con las demás naciones, pero con esa benignidad que, según dice muy bien Leopardi, es peculiar á los hombres que están convencidos de su propio mérito; creyéndose admirados de todo el universo, aman á sus pretendidos admiradores, porque creen que todo ello es debido á la superioridad con que les ha favorecido la suerte. No hay, ni puede haber en el mundo un pueblo más orgulloso de su historia que el pueblo español; es increíble. El muchacho que os limpia el calzado, el faquín que carga con vuestro equipaje, el mendigo que os pide una limosna levantan la cabeza y os muestran sus ojos brillantes á los nombres de Carlos V, Felipe II, Hernán Cortés, don Juan de Austria, como si fuesen héroes de su tiempo y les hubiesen visto entrar triunfantes en la ciudad. Pro-

nuncian la palabra «España» con el mismo tono con que los romanos debían pronunciar «Roma», en los tiempos más gloriosos de la república. Cuando se habla de España, la modestia desaparece hasta de los hombres más modestos, sin que en su semblante aparezca el menor indicio de exaltación, compañera casi siempre de la intemperancia en el lenguaje. Cantan himnos á la patria, por costumbre y sin notarlo. En los discursos del Parlamento, en los artículos de los periódicos, en los escritos de las academias, se llama al pueblo español, sin perífrasis, «un pueblo de héroes», la gran nación, la maravilla del mundo, la gloria de los siglos. Es raro oír ó leer cien palabras, cualquiera que sea el que hable y cualquiera que sea el auditorio, sin que salga á plaza el obligado tema de Lepanto, el descubrimiento de América, la guerra de la Independencia, arrancando siempre una explosión de aplausos.

Y precisamente la tradición de la guerra de la Independencia constituye para el pueblo español una fuerza interior inmensa. Quien no haya vivido poco ó mucho en España, no podrá creer que una guerra, por gloriosa y afortunada que haya sido, pueda prestar á un pueblo una fe tan profunda en su valor nacional. Bailén, Vitoria, San Marcial, son para España tradiciones más conmovedoras y de mayor fuerza que Marengo, Jena y Austerlitz para Francia. La misma gloria militar de los ejércitos de Napoleón, vista á través de la guerra de la Independencia, que lanzó sobre ella la primera nube, aparece á los ojos de España mucho menos esplendorosa que á los de cualquier pueblo de Europa. La idea de una invasión extranjera arranca á los españoles una sonrisa de indignado desprecio: no creen posible que puedan ser vencidos en su propio país. ¡Era cosa de oír con qué tono hablaban de Alemania, cuando corrió el rumor de que el emperador Guillermo estaba decidido á sostener con las armas el trono del duque de Aosta! Y no hay duda que si tuvieran que sostener otra guerra de Independen-